

TEODORO AGOTE

POR MACHIN LABAYEN

Lo suelo ver los días de feria —en el Tinglado— ese rincón tan nuestro, digno de una novela de Pío Baroja, charlando con aldeanos sobre mil cosas curiosas.

En cuanto me ve, nunca deja de preguntarme en nuestra vieja lengua «Zer modu Matxin, ondo? Mendira joaten al zera?»

Ese su «mendira joaten al zera» me trae a la memoria su abnegada, callada y heroica labor en pro de los montañeros, pero no solo eso sino también su profundo amor a la montaña, que aún hoy, no es para él algo sin vida, inanimado.

La montaña para Teodoro Agote es un ser vivo al que con el tiempo se llega a amar y a comprender como a una persona.

Pero volviendo a nuestro tema inicial. Cuántos y cuántos montañeros que a causa de la niebla o el desconocimiento del terreno, se hallaban perdidos en la inmensidad del bosque sin saber a dónde dirigirse, han hallado su salvación en la flecha roja con el TA marcada en tantas hayas venerables.

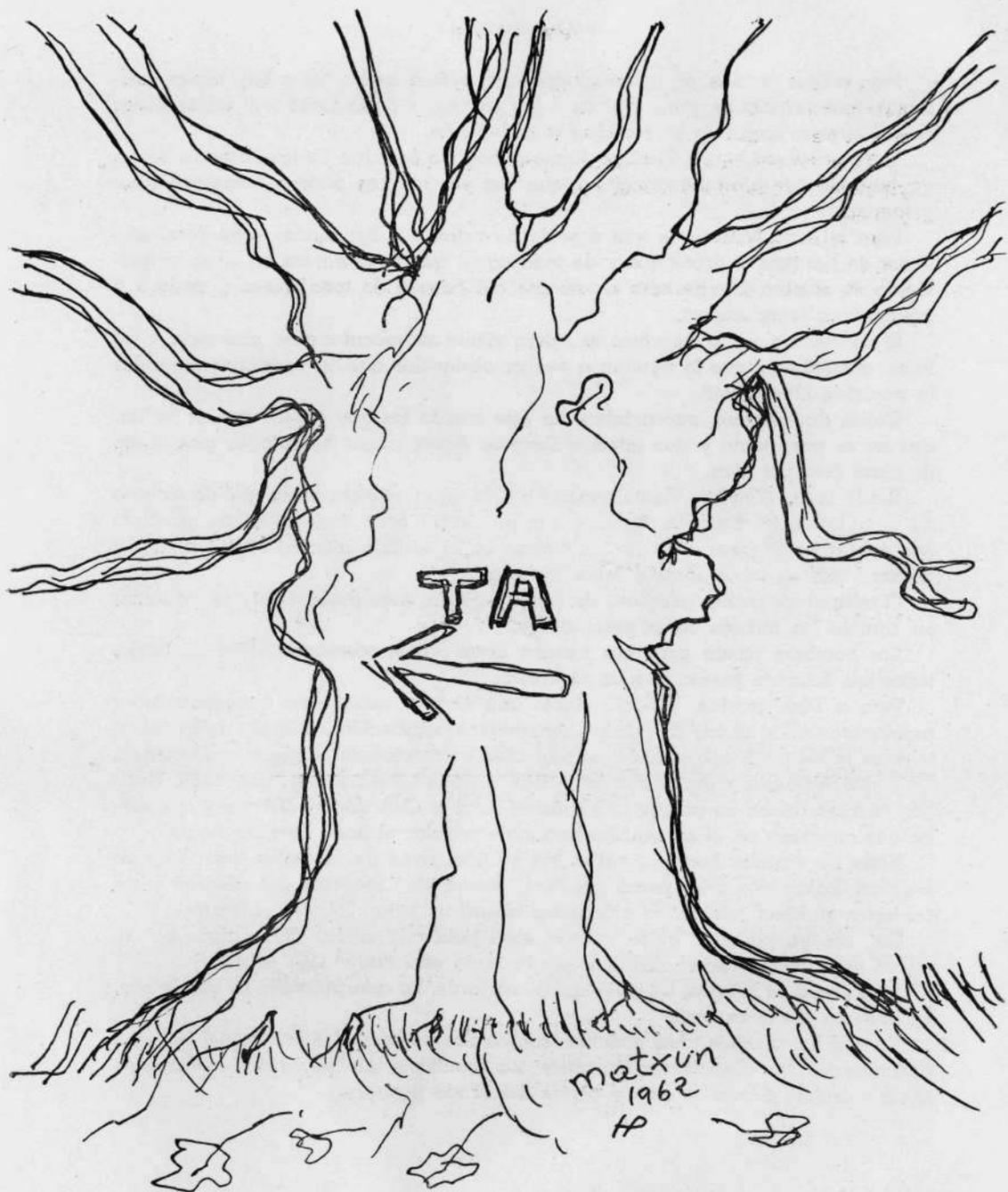
Cuando me imagino al bueno de Teodoro, hombre sencillo, de dulce e infantil sonrisa, de ingenua conversación, semejante a un personaje del incomparable «EUSKALDUNAK» de Orixe, pote y pincel en mano marcar en sus viejos amigos los árboles sus flechas salvadoras, por amor al prójimo solamente, con el consiguiente desgaste físico, no puedo menos de sentirme insignificante y miserable, ya que en estos tiempos de egoismos, frialdad y mezquindades, son contadísimas las personas que tienen suficiente humildad y auténtica caridad para efectuar esta clase de trabajos.

Hoy, es la triste realidad; nos gusta más que nunca, la radio, la prensa, el cine, la televisión nos ha acostumbrado a ello, lo espectacular, lo grandioso, lo ruidoso, lo que da fama, nombre y dinero.

Estamos dispuestos a sacrificarlo todo con tal de poder obtener poder, fama, gloria, vivas y aplausos.

La labor oscura, humilde, sin brillo, ni gloria nos repugna.

Eso de ir con Teodoro Agote, de bosque en bosque, —los bosques constituían su gran especialidad—, aparte de que el bosque es el lugar más fácil para perderse, pringando troncos y más troncos, para que luego nadie se acuerde de nuestra labor, nadie ni siquiera aquéllos a quienes ha beneficiado, de esta labor que supone tan tremendo esfuerzo físico y moral, es una tontería o primada como quiera llamársele.



Están los tiempos para romanticismos. ¡Que cada cual se ocupe de lo suyo y al prójimo le parta un rayo!

La vida está dura y con dar cierta cantidad de dinero, un par de veces al año, ya hemos cumplido con el precepto de la caridad. Aunque la verdad es que no lo hemos hecho.

Pero a Dios gracias, en todas las épocas y países ha habido y hay héroes anónimos, que valen más que los otros, —los de cine y de la radio— y estos héroes con el tiempo pasan de la realidad a la leyenda.

Y así ha ocurrido con Teodoro Agote abnegado operario de las Artes Gráficas, ya jubilado que afortunadamente y que sea por muchos años se conserva sano y fuerte.

Para mí este hombre es una especie de extraño y bondadoso semi Dios, protector de bosques y arbolados y de todo aquél que se aventura en ellos, preservando su sombra bienhechora al amante del bosque de todo riesgo y peligro y guiándolo a lugar seguro.

El montañero no lo ve claro eso pero siente su reconfortante presencia y su halito semi-divino, que le ayudan a vencer obstáculos que en ocasiones normales le parecían invencibles.

Quizá, dirá alguno, nunca faltan en este mundo los que hablan por no callar, que no es para tanto y que además Teodoro Agote nunca ha sido un montañero de clase cien por cien.

Desde luego, Teodoro Agote nunca ha sido un montañero en el sentido externo de la palabra, es decir, un hombre que ha escalado docenas de picos, pasando por dantescos peligros, sino un montañero en el sentido interno, espiritual de la palabra, por su incomparable labor humana.

El escalar un monte peligroso da fama y gloria, pero éstas pronto se esfuman; en cambio las buenas obras permanecen.

Los hombres pasan pero sus buenas obras viven eternamente; al contrario, todas sus hazañas pronto quedan olvidadas.

Pero a Dios gracias, Teodoro Agote aún vive, y aunque su abnegada labor permanezca en la mente de muchos montañeros agradecidos, después de su muerte y se le recuerde con cariño y afecto bien se merece su pequeña recompensa.

Y qué recompensa puede ser ésa, dirán algunos? Pues eso es muy fácil. Hace poco tiempo acaba de inaugurar su nuevo local el Club Alpino Uzturre y qué mejor que organizar en él un sencillo homenaje popular al buen Teodoro Agote.

Nada de oratoria barroca, vacía, sin sentido, nada de medallas que luego se enfrían. Solamente unas pocas palabras, pocas pero sentidas que alegren y reconforten su buen corazón de niño como alegra un vino generoso el cuerpo.

Con eso ya basta. Y quién sabe si esas palabras salidas del corazón no cerrarán suavemente viejas cicatrices producto de esta tumultuosa existencia.

Pero ahora es la hora. Después quizá sea tarde. Lo más probable es que lo sea, los años no pasan en vano.

Y ojalá por muchos años podamos contemplar en esos días crudos del invierno su figura azul tan amable, tan simpática, tan familiar y tan legendaria, confundirse con los azules, malvas y oros y platas del Prado pequeño.